

Magdalena Petit

Sueños históricos

(Encuentro de Portales y Manuel Rodríguez
con don Francisco Encina y la soñadora)



UANDO un pobre autor ha tenido suerte con su primer libro, en el sentido de que éste se ha vendido mucho y con provecho de los editores, puede decirse que ha perdido la libertad, obligado a continuar su producción—empleo intencionalmente el término—en aquella misma línea que se cree ha traído el éxito. Y es que los editores, cual los empresarios, careciendo de imaginación, no quieren entender que no es en los temas sino en la manera de tratarlos que reside tal éxito.

Este pequeño exordio hará comprender el porqué, siendo refractaria a lo histórico, he sido llevada por la irónica mano del destino a escribir sobre personajes de la Historia. De manera que, así como al gran Portales le causaran las cosas de la política molestias que llamó «patadas en el estómago», estas mismas «patadas» que me ocasionan a mi vez la consulta de archivos y ambientes de época, y luego el ponerme a escribir sobre aquello, me ha producido reacciones

nerviosas que se traducen en pesadillas, a veces, y otras en simples sueños donde las obsesiones provocadas por tales asuntos afloran, demostrándome la necesidad de liberarme de ellas, no sólo por medios oníricos, sino complementando con una narración los efectos curativos psicoanalíticos que ha de tener el darles salida totalmente.

El sueño que voy a relatar fué originado, sin duda, por las muchas molestias que me trajo la última imposición de mi editor:

—¡Háganos un Manuel Rodríguez!

—Yo no puedo escribir sobre lo que no me gusta! Odio la Historia.

—¿Y Portales?

—Ah... Portales, eso es otra cosa: mis estímulos son siempre afectivos. Si un tema no me apasiona, no sale una línea. ¿Por qué, en vez de pedirme lo que no me agrada, no ha publicado Ud. mi «Confesión de un desorientado»?

—El público se ha aficionado a estas cosas históricas. No insista: ¡un Manuel Rodríguez o nada!—el tono era: «La bolsa, o la vida».

Con ojos fulminantes, repliqué:

—¡Bien, perderé un poco de tiempo buscando quién es ese señor! Pero, le advierto que si no me gusta, no se lo resucito biográfico-novelescamente aunque me ofreciera Ud. una fortuna.

Así fueron enrielándose las cosas, y salió el Manuel Rodríguez: mellizos, para colmo, pues tras de la biografía novelada apareció un drama, lo que prueba que me sedujo plenamente. Ya creía, con satisfacción haberme librado de él, ya que no de discusiones con editores, cuando una noche...

Acababa de leer unos capítulos de «Independencia de Sudamérica hispánica», de Rojas Mery que corroboraban la manera como había enfocado yo los acontecimientos respecto al asesinato del héroe, y quise releer la versión de don Francisco Encina, a pesar de lo avanzado de la hora, que invencibles cabeceos me advertían.

Estos cabeceos, y la curiosa forma que tomaron los hechos, muy pronto, más cierta escrupulosidad contra la que luchó en vano, me han obligado, pues, a llamar este relato «Sueños históricos», y así nadie podrá discutírmelo.

Es el caso—tan real que me parece verlo todavía con mis propios ojos, como lo vi—que un llamado en la puerta—no el timbre, sino unos golpecitos discretos—me obligó a levantarme para advertirle a la equivocada persona de algún otro departamento, que mirara bien la letra, que éste era el Z.

—Soy yo, Magdalenita—dijo con naturalidad, como si fueran las cinco de la tarde y llegara para el té, el propio don Francisco Encina.

Ya iba a disculparme de recibirlo en bata, cuando me noté muy vestida y que en la mesita estaban precisamente dispuestas las tazas. Comprendí que había equivocado la hora de la siesta con la noche, como frecuentemente me ha sucedido al despertar de ésta. Lo hice pasar, y de inmediato, antes de tomar asiento, exclamó:

—Supongo que Ud., siguiendo mi consejo, Lo (Lo, era naturalmente, Manuel Rodríguez) habrá enfocado dentro del Mito.

—Sí, don Francisco. Y se da que el Mito es la realidad.

Pero don Francisco, sin reparar en mi contestación, se puso a disertar sobre el último tomo de su Historia, asunto en que mi ignorancia exigía la aprobación incondicional a todas sus palabras convincentes, como siempre, arrolladoras: habría sido tan imposible intentar volver al tema Manuel Rodríguez, como pretender curvar el curso de un torrente despeñado para dar paso a un arroyuelo, y era de tal interés aquel torrente de palabras, por otra parte, que sólo pensaba ahora en dejarme sumergir y envolver en su arrastre. Mas, en tanto escuchaba, mis ojos puestos sobre los tomos de la Historia que en una consolita se alineaban, los vieron sacudirse como si un temblor los deshojara, y comenzaron a caer unos enormes papeles en forma de billetes de banco. Me precipité a recogerlos:

—¡Son billetes de a millón: nunca los había visto!

—Los estarán sacando así, ahora que se ha desvalorizado nuestra moneda.

—De todas maneras... son cinco billetes de a millón, y deben ser suyos: venían en los tomos que Ud. me regaló, don Francisco. Aquí en esta casa no se conocen ni los de a mil.

Sin perturbarse ante aquella suma que me parecía fabulosa, contestó tranquilamente:

—No son míos, deben ser los «derechos» que le cedí al editor, lléveselos Ud.

—Preferí pasárselos y que él mismo hiciera tal entrega. Luego, aprovechando la interrupción, fui en busca del libro de Rojas Mery para mostrarle cierto capítulo en que éste prueba con documentos y muy buenos raciocinios que se sabía en Mendoza la victoria de Maipú algunas horas antes del fusilamiento de los Carrera. Y, desde la pieza vecina le dije tontamente:

—Va a ver Ud., don Francisco, que aquí no quedan muy bien parados sus protegidos...

—¿Mis «protegidos»? Ud. tendrá protegidos, Magdalenita, Ud. que es una metida a historiadora del tres al cuarto, una apasionada que se enamora de sus héroes y no sabe aquilatarlos desde la imparcialidad filosófica de un historiador!

Ay, me tenía merecidas aquellas duras palabras por mi atolondramiento y manejar los términos sin discreción. Pero, como me sucede en tales casos, en vez de enmendarlas seguí «metiendo la pata».

—No... no protegidos, claro... yo no más los tengo... no, tampoco. Es decir, sí... yo tengo protegidos, Ud. sólo candidatos... Ay, no... ni siquiera candidatos: eso parece de elecciones, no sé lo que estoy diciendo...

Era tal mi confusión que, comprendiéndola compasivamente, don Francisco, para ahorrarme mayores enredos se levantó con el pretexto de ser tarde y se despidió con un misericordioso palmoteo sobre mi hombro encogido.

—A los héroes—dijo—hay que aquilatarlos desde las consecuencias—. Y desapareció sin que se abriera la puerta.

¿O es que se habría vuelto a sentar?

Miré el sillón, pues de ahí partía una voz desenfocada que decía:

—Soy amigo de una decente consecuencia, ¡sí!

No me parecía verosímil lo que estaba comprobando con mis ojos, ahora, y temerosa de que se desvaneciese aquella visión percibida de dos bultos, dos momias al parecer, la cabeza toda vendada, me agaché para no revelar mi presencia y reptando como un animal fuí silenciosamente a esconderme a la otra

pieza desde donde escucharía al que hablaba. Pero, por la puerta entreabierta, divisé, en vez de las tazas sobre la mesa, un fonógrafo antiguo con un perro al lado, idénticos a ese fonógrafo y a ese perro de yeso que le hacían propaganda a los discos con el lema: «La voz del amo». ¡Y, del amplificador en forma de embudo, se reforzaba la voz del mismísimo Portales!

—Exijo—repetía—la decente consecuencia: después de tan rendido amor por mí, le están cantando a Ud. el mismo canto. Razón tiene Pancho —¿Pancho?... No se trataba, supongo, de don Francisco; aunque está dentro de la psicología del personaje... —en reconvenir a esta loca.

—Los años que le llevo a Ud. —decía el otro, que, anhelante, no me atrevía a reconocer—me autorizan para reconvenirlo, a mi vez, Dieguito: si mal no recuerdo, cuando era Ud. un imberbe y quise enrolarlo a las milicias, me contestó que lo único que le importaba en la vida era su prima Chepa y que iba a casarse con ella, y me casara yo con la Patria si tanto me importaba a mí ésta.

—Así y todo, me metí con sus milicianos cuando apresaron a mi madre, y se llevaron a Juan Fernández al Caballero, y temí por mi novia. ¿A qué viene recordar eso?

—A demostrarle que no sólo la opinión de su Chepa le interesa, ya que muerto le molesta que una mujer de la actualidad, en la Tierra, se ocupe de mí en vez de guardarle a Ud., como si dijéramos, una fidelidad absoluta. Supongo que Ud. se la guardaría a la esposa, en vida.

—¡Mi querido don Manuel! Ud. me llevará más años, pero más prestigio le llevo si hay que acogerse a las opiniones de todos esos viejos que, allá abajo,

se secan sobre documentos para fabricarnos sus cuentos históricos. Y que sea yo, entonces, quien lo reconviene al comprender que no ha seguido Ud., desde aquí, cual ha sido la suerte del país que tanto amó y de sus hombres salvadores. Me pregunto ¿cómo ha sabido, aún, que aquella Fulanita se ha metido a escribir sobre Ud.?

—Me mandaron de cierta empresa editora el manuscrito para que contestara si estaba conforme, advirtiéndome que había resultado bien una biografía anterior sobre Ud., de quien no sospechaba—¿cómo lo imaginaré, Dieguito!—que había sido todo un personaje después de mi muerte. Me puse a buscarlo, entonces, para averiguar tanta cosa que me había dejado indiferente al morir, pues aquel trance nos pone filósofos, y más si algo lo hemos sido en aquella cochina vida.

—Créame, gran Manuel Rodríguez—¡era El, con nombre y apellido—su actitud me desconcierta, a mí que lo he visto moverse con apasionamiento en tan famosos tiempos. Yo, en cambio, me traje mi catalejo a estos Campos Elíseos donde el veraneo no es tan agradable como nos lo pintan Allá, y cuando quiero entretenerme, miro para Abajo. ¡Con qué gusto metería a la Capacha a todos esos malos patriotas que veo destrozando a nuestro Chile, Perla del Pacífico!

Pero la repentina agitación demostrada por Manuel Rodríguez al oír lo de «malos patriotas», «destrozando a Chile», hizo detenerse a Portales.

Ya no salían las voces del fonógrafo: las momias cobraban vida.

—Espero—preguntó Rodríguez con palabra tembladora—que no hayan vuelto los Godos.

—¡Pero, hombre! Con razón lo tiene Pancho por «Mito» y piensa que sólo por tradición demagógica lo recuerda el pueblo—replicó, irónico, Portales.

Después de mirarlo detenidamente con su perforadora pupila que el tiempo parecía haber agudizado, diagnosticó:

—Ud. ha tenido un terrible «Shock»—destacó, burión—al ser asesinado y padece de amnesia.

Explicó, entonces, que nada le apasionaba tanto como el estudio y que se entregaba a la lectura de todo lo que se escribía en el Mundo: ciencia, historia, etc., etc., etc., y que esa travesura del psicoanálisis le había parecido de lo más divertida y era uno de sus pasatiempos favoritos buscarles «ciertos» amores clandestinos inconscientes a R. Ovalle, Rengifo, Gandarillas, Tocornal y toda la pandilla. Luego de ponerlo en antecedentes de lo que llaman ahora shock y de los tratamientos de la amnesia, concluyó:

—Bien pudiera darse que la biografía-novelada de aquella Fulanita lo desmomificase a Ud. y ¿sabe? Ya no lo celo: en primer lugar, porque cuando le refiera mi historia tendrá que darse cuenta de que el forzado miliciano que Ud. enroló supo después hacer Patria a su manera; en segundo lugar, porque conocidos estos hechos y el apasionamiento que levanté por ellos en el alma de la tal Fulana, verá Ud. claramente que esta nueva biografía la escribió por «mandato» mío, ese mandato sordo según el cual, dicen, Chile se gobernó por más de cincuenta años después de mi muerte. Y, si se le cree a Pancho, todavía suceden muchas cosas por «sugestión» mía, es decir por algo parecido a lo que ha estado haciendo un hipnotizador en una sala de teatro de Santiago, que han construído—y por eso sería, si se cree en las in-

fluencias—por ahí donde tenía su casa mi antesapada Catalina, alias La Quintrala, ya que soy Lisperguer por mis remotos abuelos y el mismo Pancho me ha visto parecidos con Pedro el Pendenciero—«Talem palum, talem astillum»— cosas que yo ignoraba. Porque Ud. tiene que aceptar que saben más de nosotros los historiadores que nosotros mismos—eso que no conocen ellos el latín—, y así se escribe la Historia, mi querido don Manuel. Parece que valen más los empolvados documentos que los testigos presenciales porque se necesita de cierta perspectiva para juzgar los hechos: ya ve Ud. lo grandes que aparecen ahora San Martín y O'Higgins que lo llaman a Ud. en aquellos documentos, criminal, para poder asesinarlo.

Como hiciera un gesto de sorpresa Rodríguez y preguntara si efectivamente había quedado ante la Historia como criminal, Portales le relató lo que sabía al respecto y de algunas contradicciones.

—Pero yo amo la decente consecuencia—prosiguió— y si hubiera estado en mi mano hacerlo, al San Martín y al Huacho los mando procesar y fusilar por matar por la espalda. Además, el mismo «crimen» suyo—ya sin justificación—quiso cometerlo el Ilustre O'Higgins en mis tiempos buscando volver al poder.

En ese momento, con gran sorpresa mía, divisé a don Francisco muy hundido en el sillón, sofocando unas carcajadas: lo había escuchado todo, invisiblemente, pero estallaba, de pronto, en justa protesta:

—Con su permiso, y todo el respeto que me merece, Portales, y a pesar de que yo mismo señalé muy marcadamente su concepto de la sanción, y por amor, a mi vez, de la decente consecuencia, yo le pregunto a Ud.: ¿qué pesaba más en la balanza, la vida de los

Carrera y de Rodríguez, o salvar la Independencia de América, comprometida por las turbulencias de esos revoltosos?

Lo curioso, y que me hacía dudar de que todo esto fuese sueño, es que parecía muy natural esta reunión—ya no provenía, la voz, del fonógrafo, como señalé, y Portales y Rodríguez estaban en cuerpo y alma ahí en el sofá, don Francisco en un sillón, y yo en una silla como correspondía al sordo protocolo que presidía.

—No se me salga por la tangente, mi señor don Francisco: ¿son o no son asesinos, San Martín y O'Higgins?

—¿Ud., el más grande estadista de América, no comprende lo que son las razones de Estado?

—¡Vaya si las comprendo! Si razones de Estado, había: proceso y fusilamiento a la vista de todos.

Don Francisco, sin tomar en cuenta la presencia de Manuel Rodríguez, las emprendió contra éste demostrando su nefasta actuación en momentos en que pudo comprometerse la victoria final. Pero viendo, Portales, la actitud resignada del menospreciado, le cortó de pronto la palabra al gran historiador, diciendo:

—Bueno, Ud. no estaba ahí, entonces—carcajada elocuente de don Pancho—: yo fui testigo de aquellos hechos. Casi se compromete, la Patria, en la famosa noche en que por celebrarse Pepe y tomar todos los jefes sus copitas, a esos camarones que se dormían casi se los lleva la corriente. Y tan comprometida estaba la libertad de la Patria con Cancha Rayada, que en Santiago—don Francisco alzaba ligeramete los hombros, como quien dice: «las cosas que viene a enseñarnos»— y desde las provincias no se pensaba

sino en huir a la Cordillera, como después de Rancagua, y sin la famosa arenga de Manuel Rodríguez, en la Plaza, —yo la oí—. sin la alerta de: «Ciudadanos, aun tenemos Patria!», bien pudieran haber llegado, luego, O'Higgins con su brazo vendado, y San Martín—derrotados, al fin—, encontrándose con la gente desanimada y en fuga: esa fuga, ese desánimo, fueron detenidos por Manuel Rodríguez, mi buen señor don Francisco. Sin el espíritu animador de Rodríguez, tampoco se hace como se hizo la guerra de zapa y se encuentra, entonces, con un terreno sin preparar, el famoso Ejército de San Martín; y la gente partidaria de los Godos. Ninguno de los agentes del cuyanito la hiciera nunca como Rodríguez, y sólo le concede a éste «haberle hecho importantes servicios», así, de paso. Sí, déjeme continuar: yo también, con mi catalejo, me he leído todos esos documentos con que tratan de blanquearse la negrada aquellos ilustres caballeros. Pero en el Otro Mundo se le permite a uno hablar a calzón quitado, y es una de las razones que me hacen sentirme mejor ahí. Pues, yo me atrevo a decirle a Ud., a todo un historiador, que nada hay más incierto que los acontecimientos históricos; que ni se pueden predecir, ni juzgarse qué consecuencias hubiese tenido esto o lo otro... —nueva carcajada de don Pancho.

Manuel Rodríguez, sin duda, resentido todavía del shock, levantó tímidamente la mano como los alumnos que piden la palabra, y Portales le hizo una venia de asentimiento.

—A mí no me dejaron probarme—dijo—como se lo propuse en una entrevista, indirectamente al mismo O'Higgins.

—¿Sabe Ud. cómo se ha interpretado esa entrevista?—intervino Portales, y miró de soslayo a don Francisco—: de la frase en que Ud. dice que todos deben probarse, que si Ud. mismo estuviera en el poder se haría revolución a sí mismo, en vez de querer ver que es una manera de insinuar que tal vez podría Ud. también gobernar, no destacan sino lo de que se haría revolución a sí mismo, para probar con esto su espíritu de turbulencia. Si Ud. es un loco, mi amigo y yo también lo era cuando convenía, aunque no para don Francisco. ¿La admirable organización de sus guerrillas? San Martín, hombre, el gran San Martín lo presidía todo.

—Bueno—se atrevió a interrumpir Rodríguez que, en verdad, parecía un ente bueno—yo no tuve la ambición que O'Higgins me ha supuesto, ni otro móvil que ver a Chile libre; pero no sólo de los españoles. Yo también creía que podría organizar gobierno como había organizado guerrillas: no me dejaron probarme—insistía—y posiblemente hayan tenido razón—arguyó con modestia—, puesto que sin mí quedó terminada nuestra Independencia y no hubo la dominación argentina que yo y José Miguel temíamos.

Al constatar nuevamente el apocamiento de Manuel Rodríguez, y deseosa tal vez de llamarle la atención a quien me había tratado de «Fulanita», intenté revelar mi presencia que parecían ignorar, diciendo:

—Soy su admiradora incondicional, don Manuel Rodríguez, y estoy segura que hubiera hecho Ud. grandes cosas si lo dejan probarse!

La mirada azul de Portales no lograba disimular sus celos, y le dije:

—Vaya, don Diego, lo imaginaba a Ud. «au-dessus de la mêlée».

—No sea pedante—me contestó con sorna—, en ciertas cuestiones, no estoy «au-dessus de la mêlée.».

Gracias a Dios, no sólo yo me ponía en ridículo. El mismo Portales no hacía gran figura con sus modos de viejo verde, él que en vida no quería serlo. En cuanto a don Francisco, se había ensimismado en filosófico desdén, bastante justificado, demostrándonos que la «embarrábamos». Yo me decía para consuelo mío, «si es un sueño y no realidad, todo esto», y me palpaba como se hace en tales casos sin conseguir la seguridad. Abrí entonces la ventana para constatar que el jardín existía todavía, pero mi confusión aumentó: del brazo, cuchicheándose, San Martín y O'Higgins ahí se paseaban. Al ruido de la ventana, levantaron la vista y ¡oh, sorpresa! ¿pueden los lectores imaginar lo que sucedió?

A un tiempo, lanzaron ambos aquel silbido piropeador que lanzan los americanos cuando quieren saludar la aparición de una buenamoza.

—Han estado espiando Uds., hipócritas lautarinos—les grité—y ahora tratan de ganarme con sus silbidos para que les escriba biografía novelada. ¡Nunca, señores!

Buscando, entonces, qué términos pudieran serles más ofensivos, les grité:

—¡Sarracenos, Maturrangos!

Y fué como una bomba atómica: el jardín se llenó de humo y se disolvió todo. En mis propios departamentos no había sino humareda de la que pronto afloró un bloque, y creí reconocer algo así como la estatua de don Francisco Encina. Le dí unos golpeci-

tos para ver de qué sería, y resonó su propia voz:

—¡Magdalenita, no se ponga en ridículo!

No sé si por indignación o vergüenza, es el hecho que desperté.

Si supiera mi editor los dolores de cabeza, los compromisos, las pesadillas que me cuesta...